

BAEK SEUNGYEON

LA MARAVILLOSA TIENDA DE SEÚL

Siempre hay un lugar donde
puedes escribir un nuevo comienzo

Traducción de:
ANA BARRAGÁN



MAEVA

Prólogo

Para Hyoyoung,

Esta es la quinta carta que te escribo. Me resulta increíble ser incapaz de escribirte un mensaje o llamarte y que, sin embargo, siempre sepa qué decirte en las cartas.

Todo va bien por aquí.

Siento que cada carta que te envió se desvanece en el aire como un suspiro.

Pero si no lo suelto, acabo frustrada y vuelvo a escribirte.

Hyoyoung... El tiempo sigue pasando, haga lo que haga. Nada cambia.

Pasa sin más.

Y yo que vivía con prisa por miedo a quedarme atrás, estudiando a todas horas como si el tiempo se agotase... pero nadie iba a morir.

La vida sigue sin incidentes, sorprendentemente en calma. He llegado a los treinta casi sin darme cuenta.

¿Cómo están papá y mamá? A ellos no les he escrito y me preocupa que lean la carta primero, porque querrán responder enseguida y entonces dejaré de enviarlas. Por eso he escrito tu nombre bien grande en el sobre, para que no la lea nadie más.

Sé que tú no vas a responder.

Ahora estoy en Ulsan, en casa de una amiga del colegio que vive aquí. Pero solo me quedo una semana, así que no sabré si alguien me responde a esta dirección. Explícaselo a mamá y papá por si quisieran hacerlo.

¿Sabes?

Al tumbarme en la cama me siento como un plancton flotando en el océano.

Una bacteria desconocida dentro de una célula.

Si hubiera nacido sin ojos, boca ni oídos, viviría sin hacer daño a nadie.

Otra vez acabo hablando de cosas tristes.

Pero se va a quedar así, porque ya es la segunda vez que lo escribo y no me quedan hojas.

Y si lo tacho, va a quedar peor.

Está refrescando, ten cuidado con los resfriados.

Puedes coger la ropa de invierno de mi armario.

Cuídate, Hyoyoung.

Tu hermana

El aroma del sol

1

OCURRIÓ UN DÍA de octubre, hace un año. Cuando Hyoyoung volvió a casa encontró a su madre agazapada en la entrada.

—¡Y ahora qué hacemos! Han estafado a tu hermana —le soltó nada más verla. Tenía una hoja de la calle pegada en la cesta de la compra, a su lado. No se había quitado los zapatos, y Hyoyoung tampoco—. ¡¿Por qué a ella?! —continuó, a punto de echarse a llorar.

La inteligencia de Hyomin llevaba siendo el orgullo de la familia desde que estaba en la guardería. Durante los años de colegio había pasado al curso de altas capacidades con la misma facilidad con la que saltaba a la comba, y llegó a ganar varios concursos de matemáticas. Más tarde, en el instituto, fue la mejor en todas las asignaturas. ¿Cómo alguien como ella había podido utilizar el dinero de su familia para montar una academia y dejarse engañar por su socio?

Al poco llegó el padre de Hyoyoung, que había cerrado la lavandería a toda prisa. La cara que puso fue un poema. Concretamente, cara de no poder creer que su hija, la misma que había estudiado una carrera y un posgrado en la universidad de Seúl, hubiera caído con tanta facilidad. Había confiado en ella cuando decidió dejar el posgrado y abrir la academia porque, por supuesto, su inteligentísima Hyomin tendría algo en mente.

—No responde —suspiró después de sacar el móvil del bolsillo.

Y allí estaban los tres, abarrotando la pequeña entrada y sin haberse quitado los zapatos. Hyoyoung acababa de llegar de una grabación de dos días, destrozada y con los ojos hinchados. Todo eso de la desaparición de su hermana le parecía un sueño.

CUATRO DÍAS TARDÓ Hyomin en llamar para confirmar que estaba bien, y luego volvió a apagar el teléfono. Para ayudarla, su padre amplió el horario de la lavandería a los domingos y pidió un préstamo con los pocos recursos que tenía, mientras que su madre aceptó trabajar a tiempo parcial en el negocio de su hermano como repartidora de comida preparada.

Hyoyoung no hizo nada. Estaba demasiado ocupada con la grabación de la película que era el proyecto final de grado. De vez en cuando veía los mensajes en el chat grupal de la familia, preguntándole si su hermana le había escrito. Los ignoró todos, tanta preocupación le parecía algo absurdo. Su tío, el mismo que en su momento le había regalado a Hyomin una cesta de fruta cuando consiguió la plaza en el posgrado, le preguntó si no habría dejado el posgrado porque se había visto superada por los estudios.

Un día, la madre de Hyoyoung se cayó por las escaleras mientras hacía un reparto y se lesionó la cadera.

—¡Lleváis toda la vida criándola como el pilar de esta familia y mira ahora! ¡Tú así y ella se quita de en medio!

La ira que Hyoyoung había estado reprimiendo salió de golpe al ver a su madre en la cama de hospital después de la operación. ¿Sería que Hyomin no toleraba el fracaso porque siempre sobresalía por encima de los demás? Aunque así fuera, ¿cómo una adulta de treinta años podía desaparecer sin más dejando atrás a su familia?

Hyoyoung había abandonado la película para cuidar de su madre. La ayuda que había recibido para el proyecto se lo cedieron al siguiente en la lista y, por supuesto, su equipo de rodaje también se disolvió. Si alguien le hubiese preguntado si le parecía injusto, no habría sabido qué responder. La huida de su hermana había hecho tambalear la confianza de Hyoyoung en su propio trabajo, como si la confianza de ambas manase de la misma fuente y esta se hubiera secado de golpe. Su hermana, la película, todo había perdido el rumbo. Entonces empezaron a llegar las cartas, y en todas ponía su nombre.

2

LLEVABA UNA SEMANA trabajando en Geulwoll, la tienda de las cartas. Había encontrado un estudio a tan solo diez minutos de allí, el recorrido equivalente a cuatro canciones. Yeonhui era un barrio tranquilo lleno de edificios y casas antiguas, algunas convertidas en cafeterías, autobuses verdes recorriendo las calles y gente sacando a pasear a sus perritos para disfrutar del sol de la mañana. A la cuarta canción, Hyoyoung se detenía frente al edificio Yeongung y tomaba una bocanada de aire para respirar el olor a mantequilla de la panadería de la planta baja.

—¡Buenos días!

Todavía se estaba adaptando a ese nuevo entorno. Cada mañana repetía aquellas palabras como un mantra y luego subía del tirón las escaleras hasta el cuarto piso. Dentro de aquel edificio antiguo, los escalones eran un poco altos y las paredes de cemento conservaban bien el frío. Sin embargo, cualquier sensación quedaba eclipsada por el olor a pan recién horneado que impregnaba todo el edificio.

Hyoyoung subió siguiendo la barandilla plateada hasta llegar a una puerta de hierro pintada de celeste. En su superficie, el dibujo de un pequeño círculo blanco con forma de piedra contenía una sola palabra: GEULWOLL. Se quitó los auriculares y abrió aquella puerta que conducía a otro mundo.

—Qué pronto llegas.

—Es que me quedaban algunas cartas por preparar.

Saludó a Seonho y colocó su bolso negro bajo el mostrador. Seonho era el dueño de la tienda y antiguo compañero de clase de

Hyoyoung. Se había puesto en contacto con ella al saber que ahora vivía en Seúl porque necesitaba con urgencia a alguien que lo ayudase con la tienda, ya que él debía ocuparse de su hija recién nacida.

—Te estás adaptando de maravilla, y eso que decías que no te gustaban las cartas.

La primera carta de su hermana le había llegado cinco meses atrás. La segunda, a los dos meses, y otra al mes siguiente. Hyoyoung las había dejado acumulándose encima del armario de los zapatos, sin abrir. Cuando llegó la tercera, su padre las dejó en su escritorio y ella, por toda respuesta, había doblado los sobres por la mitad y los había tirado a la basura. Hyomin siguió enviando cartas sin respuesta, y cuando Hyoyoung vio la quinta en el buzón, decidió irse de casa. Por primera vez en veintiocho años.

—¿Y qué otra cosa voy a hacer? Como dicen, no hay paraíso para los que huyen.

Frente al mostrador, Seonho se encogió de hombros mientras doblaba con cuidado unas cartas y escribía algo en cada sobre. Ella le preguntó qué hacía.

—Hayul cumple cien días dentro de nada. Toca enviar invitaciones y poner algún mensajito.

A simple vista podían ser más de cincuenta cartas. Era de esperar que alguien que en la universidad estaba metido en todos los fregados tuviera muchos conocidos. A Hyoyoung solo le sonaban la mitad de nombres de la lista que había escrita en el cuaderno.

—Son muchísimos. ¿Les has escrito a todos?

—Como dueño de una tienda de cartas es lo mínimo, digo yo.

HYOYOUNG COMENZÓ SU tarea de limpiar la parte superior del expositor de madera donde exponían cartas, sobres, bolígrafos y demás productos de papelería. Entonces escuchó el tono de llamada del móvil de Seonho, seguido de la voz apurada de su suegra explicándole que le había surgido algo y no podía quedarse cuidando de los pequeños. Nada más colgar, se volvió hacia ella.

—Lo siento, Hyoyoung. Sé que es tu último día de formación, pero tengo que irme antes.

—No pasa nada. Ya me manejo con casi todo.

Su amigo la miró con un brillo confiado en la mirada. Antes de salir por la puerta, se detuvo para pedirle algo.

—¿Podrías enviarlas? Todavía falta poner la dirección en algunas. Puedes llevarlas mañana por la mañana.

—Escribir direcciones y dejarlas en la oficina de correos, ¡hecho!

—¡Gracias!

En cuanto se fue, ella desvió la mirada hacia la ventana situada a su izquierda y por fin pudo disfrutar del silencio. Contempló el cielo de marzo, claro y despejado. La línea de una montaña atravesaba el marco y por debajo estaban las casas amontonadas, como en un cuadro. Techos grises, naranjas y rojos apilados unos sobre otros.

Ese paisaje era lo que había hecho que se decidiera a trabajar allí. Disfrutar de la calma a través de la ventana disipaba su ansiedad. El simple hecho de estar allí le proporcionaba bienestar, justo lo que más necesitaba.

Bajó la mirada hacia el suelo grisáceo. Frente al mostrador aterrizaba la luz del sol que se colaba por el cristal, dibujaba formas trapezoides en la punta de sus zapatillas Converse y le daba calorito en los dedos de los pies. Los movió por pura inercia.

Había otra cosa que le gustaba tanto como el paisaje al otro lado de la ventana. El tono albaricoque e irregular que cubría las paredes de cemento la hacía sentirse como si estuviera dentro del joyero de papel donde de pequeña guardaba anillos y gomas para el pelo. Ese montón de detalles preciados reunidos en un mismo espacio, sumados a la sensación de comodidad y calma, generaba un sentimiento de pertenencia a ese lugar. Así fue como la primera semana en Geulwool pasó en un suspiro.

HYOYOUNG COMPROBÓ EN el inventario los productos agotados y luego cogió la plegadora para ponerse con las cartas que acababan de llegar. Reconoció las huellas de Seonho sobre la superficie lisa

y alargada de aquella herramienta usada para doblar cuero y papel. Emitía un crujido gracioso al pasarla ligeramente sobre el papel, una tarea simple y repetitiva que sanaba los rasguños de su corazón.

En ese momento entró una pareja joven.

—Vaya, parecía diferente desde fuera.

—Te lo dije. El interior es muy original.

Teniendo en cuenta que estaban a mitad de semana y en horario laboral, o eran estudiantes o trabajadores autónomos. La chica llevaba una riñonera de piel plateada colgada al hombro, una chaqueta amarilla de punto sobre una camiseta corta negra y una falda azul estilo cargo. Él tenía el pelo largo y llevaba pantalones de pana ajustados. Por su aspecto, no cabía duda de que tenían alrededor de veinte años.

—Jieun me escribió una carta para pedirme perdón. Le pregunté por el papel, porque era muy bonito, y me enseñó este lugar.

—No sé cómo seguís siendo amigas si discutís como mínimo una vez por semana.

—Qué más da. Hacemos las paces y listo. Además, ¿no es superbonito pedir perdón con una carta? Ya nadie hace eso. —Hyoyoung seguía metiendo tarjetas en bolsitas de plástico transparentes mientras escuchaba la conversación de los tortolitos. La chica se giró hacia ella para preguntarle—: ¿Qué ambientador es? Huele a bosque.

Hyoyoung se puso tensa, por un segundo más estatua que persona. Trataba de ocultar su presencia todo lo posible para que los clientes se concentraran en los productos. Para ello se limitaba a trabajar tras una cortinilla translúcida que colgaba a un lado del mostrador, evitando mirar hacia fuera. Hacía tiempo que no se enfrentaba a alguien así, cara a cara.

—No es un ambientador, es perfume. Lo tenemos expuesto justo ahí.

Era *Bosque de tinta*, y como había dicho la chica, tenía un aroma refrescante que recordaba al bosque. Lo había elegido la esposa de Seonho después de mucho buscar e insistir en que quería encargarse al menos de eso. Según ella, el suave aroma a eucalipto

mezclado con el intenso olor de la tinta aportaba tranquilidad al ambiente de Geulwoll.

—Ah, este.

La chica se agachó apoyando las manos en las rodillas para observar el perfume que tenían justo debajo, y él la imitó. Ella se acercó el frasco a la nariz. A Hyoyoung, aquella pareja que disfrutaba de su tiempo libre de la manera más sencilla le pareció igual de adorable que un par de gatitos.

—¿Por qué hay una mesa aquí?

El chico señaló el escritorio y la silla de madera de diseño. Que aquel hueco tan estrecho estuviera ocupado por una mesa tenía un claro objetivo: brindar un espacio a los clientes que quisieran escribir a sus amigos por correspondencia. A Seonho no le había importado restar espacio de exposición para cedérselo a aquella mesa para las cartas.

—Es para los clientes que soliciten el servicio de amigos por correspondencia, para que escriban las cartas. Aunque también se puede escribir una carta personal, mientras sea de las que vendemos en la tienda.

—¿Amigos por correspondencia?

Él la miró con extrañeza y Hyoyoung señaló a un lado de la mesa, donde estaban las indicaciones. Geulwoll ofrecía un servicio de envío de cartas a los clientes que quisieran mandar un mensaje de apoyo y motivación a un desconocido, o expresar a un ser querido algo difícil de decir en persona. En el sobre había que plasmar un adjetivo que definiera al remitente y luego dibujar un símbolo en una pegatina cuadrada que se usaría como sello distintivo. En resumen, era una forma de intercambiar cartas sin necesidad de conocer la identidad de la otra persona y Geulwoll se encargaba de gestionar el envío.

—¿Os interesa probarlo? —añadió dedicándoles una leve sonrisa.

La chica se había quedado mirando la cajonera dividida en secciones rectangulares que contenía las cartas. Cada una con su sello y su símbolo correspondiente dibujado por un remitente anónimo, y, en la parte inferior izquierda de cada sobre, algunas palabras

rodeadas con un círculo: ALEGRE, TRANQUILO, INTELIGENTE, PROBLEMÁTICO, AMANTE DE LA LECTURA, BUSCADOR DE LA BELLEZA, SOCIABLE, ABURRIDO, TRES TAZAS DE CAFÉ AL DÍA, PEREZOSO, NOSTÁL-GICO, GRACIOSO, DILIGENTE, PESIMISTA, etc. Miró varias cartas con interés y las dejó de nuevo en su sitio. El chico la animó a intentar-lo, pero ella sacudió la cabeza con una sonrisa.

—No he escrito una carta desde la primaria, no tengo la confianza suficiente. Y mucho menos para enviársela a un desconocido.

—Lo ves más difícil de lo que es.

—Pues inténtalo tú.

Ante su respuesta, él le devolvió la sonrisa.

—Tampoco creo que pueda.

—Lo sabía—rio ella.

Por fin escogió una tarjeta con estampados de flor de iris y suculentas y fue a pagar. Antes de irse, ambos miraron por la ventana un instante. Cuando el eco de las voces desapareció, la tienda volvió a quedar en silencio. Hyoyoung se acercó a la cajonera para organizar los sobres y los colocó todos en la misma dirección. Pensó en el tiempo que hacía que no enviaba una carta.

La escritura era lo único en lo que se asemejaba a su hermana en cuanto a talento. Hyomin era cinco años mayor que ella, y cuando estaba en quinto de primaria, ya era capaz de resolver ejercicios de secundaria que Hyoyoung, a los siete años, ni siquiera era capaz de entender. Sin embargo, en el concurso de ensayos del colegio, su hermana quedó segunda y ella ganó el primer premio con una carta que hablaba de la lavandería de su padre. Él había colgado los títulos en la pared de su negocio, uno al lado del otro, y las había abrazado a ambas. Fue la primera vez que un título de Hyoyoung aparecía junto al de su hermana, algo de lo que estuvo orgullosa durante mucho tiempo.

Desde aquello, Hyoyoung ponía todo su esfuerzo en los deberes de lengua porque era lo único que se le daba bien. No había ningún premio por sus notas, pero las paredes de su cuarto se fueron llenando con títulos de concursos de escritura. La gran mayoría precisamente por escribir cartas. En parte fue gracias a tener una hermana tan lista